

Las hijas del conde loco, Libro II

VALERIAM ÉMAR

Orgullosos y Bondadosos

Corazón

Después de la muerte del conde de Cowthland, la tan hermosa y encantadora lady Eleonor Cowthland se vio obligada a ir a Londres para buscar un marido y salvar a sus hermanas de la mala posición que su padre las había dejado. Pero no contaba con que un malicioso rumor que la tildaba de cazafortunas afectaría dicha búsqueda. Y encontrarse con el hombre que le había roto el corazón en su primera temporada, no le había hecho la tarea más sencilla. Sobre todo, cuando él se había convertido en el nuevo héroe de Inglaterra.

A veces las reglas de la atracción son más fuertes que un error del pasado.

Prólogo

Hampshire, finales de abril de 1815

T ODAVÍA se preguntaba por qué había aceptado subirse a una balsa con Emily, su imprudente hermana menor. ¡Si ella ni siquiera sabía nadar! Bien, había preferido eso a tener que pasar todo un día fingiendo que buscaba el tesoro que su padre, el conde de Cowthland, había enterrado en algún sitio de la finca de Green Hills. El conde había convertido la búsqueda de tesoro en una tradición en la primavera, donde participaban sus cuatro hijas y todos los sirvientes de la hacienda. Tal vez el juego sería más divertido si él no lo escondiera en el mismo lugar todos los años. Aunque todos supieran que lo iban a hallar en la vieja cabaña abandonada, actuaban sorprendidos cuando al final del día, el tesoro aparecía debajo de una madera suelta del suelo de la cabaña. El conde era conocido por sus locuras, pero también por su buen corazón, y nadie se atrevía a arruinar su diversión. A pesar que él siempre prometía que el año siguiente la búsqueda sería más difícil.

—¿Crees que papá habrá escondido el tesoro en el fondo del lago? —preguntó su hermana, observando las oscuras aguas.

Ella la miró por debajo de la sombrilla. Emily era la única que se divertía con los juegos de su padre, y hasta creía que de verdad se sorprendía cuando al final del día hallaban el tesoro en la vieja cabaña.

—Apuesto a que lo encontraremos en la cabaña, como el año pasado y el anterior, y el anterior del anterior, y...

Emily soltó un bufido mientras remaba en las pacíficas aguas del lago.

—Pero este año será diferente —la interrumpió—. Para empezar, padre ha cambiado la búsqueda de la tiara de mamá por nuestras dotes.

Ella resopló como respuesta de lo que eso significaba.

—¡Padre ha perdido la cabeza por completo! —gimió—. ¿Acaso no te has puesto a pensar que sucedería si uno de nuestros empleados se sintiera tentado por semejante suma de dinero y hallara el tesoro antes que nosotras y se fugara con él?

Su hermana menor la miró en silencio por un momento, meditando lo que acababa de decirle, luego meneó la cabeza y sonrió.

—Eso nunca sucederá.

A veces Emily era tan ingenua como el conde de Cowthland.

—¿Cómo estás tan segura?

—¿Sabes Eleonor? Eres demasiada aburrida para dar un paseo en bote, debí pedirle a Emma que me acompañara.

Emma era la melliza de Emily. Ella se reclinó en el bote, cambió la sombrilla de mano y sonrió.

—En cambio yo la estoy pasando muy bien, ¿podrías remar más rápido, cariño? —se mofó.

Emily entornó los párpados y se paró de golpe, y empezó a mover la barcaza de un lado a otro para asustarla. ¡Y lo había conseguido! A ella se le escapó un grito.

—¡Ahora sí empiezo a divertirme! —exclamó Emily, entre risas.

—¡Detente! —chilló, amenazando a su hermana con golpearla con la sombrilla—. ¡Deja de comportarte como una cría! —gruñó, aferrándose del asiento.

—¡No tire la sombrilla, lady Eleonor! —gritó Mery, el ama de llaves de Green Hills, desde tierra firme—. ¡Deje de

asustar a su hermana, lady Emily! —la regañó.

Emily obedeció al ama de llaves y regresó a su asiento, ceñuda.

—Debes cambiar tu comportamiento si pretendes hallar un marido esta temporada —se quejó, mientras intentaba respirar otra vez con normalidad.

Su padre había decidido presentar a las mellizas en sociedad ahora que ellas acababan de cumplir dieciocho años.

Emily hizo una mueca.

—Comportarse como una dama virtuosa y perfecta no garantiza encontrar un marido —repuso—. De lo contrario, tú estarías ahora casada, Eleonor. Si mal no recuerdo, fuiste toda una sensación en tu presentación, pero regresaste de Londres sin un anillo.

Sintió un pinchazo de dolor en el corazón que su hermana le recordara aquella temporada en Londres. Por más que hubieran pasado dos años de su presentación, había heridas que no sanaban tan rápido.

—Porque no hubo ningún candidato que me interesara.

—¡Pero tuviste miles de candidatos!

—Y eso no significa que me viera obligada a casarme con uno de ellos.

Emily se inclinó hacia ella y achicó los ojos.

—Sé que te enamoraste de un caballero esa temporada —susurró—. Se lo escuché decir a Elizabeth de casualidad mientras leía las cartas que le enviabas.

¿Oír de casualidad? ¡Ja! Estaba segura que su hermana había estado escuchando detrás de las puertas. Elizabeth era la mayor de sus hermanas y el hecho de que hubiera un año de diferencia entre ambas, hacía que ellas fueran más unidas y confidentes. Y que el nombre de las cuatro empezara con la letra «E», no era más que otro excentricismo del conde de Cowthland.

—Entonces debiste oír mal, porque nunca le he entregado el corazón a ningún caballero —mintió.

—Si es eso lo que quieres que crea —musitó, encogiéndose de hombros—. De cualquier forma, no planeo seguir tu ejemplo o el de Lizzy, las dos terminarán siendo una solterona como lady Jocelyn si no salen de Green Hills.

Lady Jocelyn era la hermana menor de su padre. Su tía se había convertido en una paria cuando había dejado a su prometido plantado en el altar. Ella admiraba la valentía que había tenido lady Jocelyn por haber elegido su felicidad antes de pasar su vida con un hombre que no amaba y que le triplicaba en edad. Aunque eso significó el desprecio de sus padres y que terminara viviendo en una pequeña casa en Bristol.

—No me importaría parecerme a lady Jocelyn —replicó—. Pero si tu deseo es casarte, deberías cuidar un poco más tu comportamiento, Emily. Por lo menos cuando estés delante de otras personas.

—Estoy segura que cuando el futuro duque de Bourklam me conozca, le gustaré tal cual soy.

Puso los ojos en blanco. Desde que Emily había cumplido los quince años, ella fantaseaba en convertirse en una duquesa. Abrió la boca para responderle, pero se volteó de golpe cuando escuchó un grito de Emma. Observó a su padre tirado boca arriba sobre el prado y a su ayudante de cámara tratando de reanimarlo. De repente, vio también a Lizzy corriendo hacia el conde.

—Algo le sucede a papá... —murmuró—. ¡Regresa a la costa Emily!

Su hermana sonrió.

—¡Oh, vamos, Eleanor! —exclamó—. Debe ser una de las tantas bromas de padre.

—No parece que él esté bromeando —masculló, a través de los dientes.

Ella cerró la sombrilla y le quitó los remos a Emily, y empezó a mover el bote hacia la orilla.

—¡Santo Dios, papá! —chilló Emily, al darse cuenta que su padre no reaccionaba.

Emily no esperó a que ella llegara a la orilla y se arrojó al lago con vestido y todo, y empezó a nadar hacia la costa.

—¡Emily! —gritó, remando más rápido.

Salió del bote de una zancada cuando llegó a la orilla, se levantó el vestido y corrió hasta donde estaba su padre. Él era un hombre fuerte. Nada malo le podía suceder. Tragó saliva. Sus hermanas se hicieron a un costado cuando ella se arrimó. Se acuclilló a un lado del conde y le sujetó una mano. Él ladeó la cabeza hacia ella y sonrió.

—Papá... —gimió, entre sollozos.

Se inclinó más hacia él cuando no pudo entender lo que su padre balbuceaba.

—Tú eres el equilibrio de la familia, Eleonor —susurró—. Mantén siempre a tus hermanas unidas —su padre tosió—. ¿Harás eso por mí, mi querida Eleonor?

Ella se secó una lágrima con las yemas de los dedos y asintió con la cabeza.

—Te pondrás bien, papá.

Él sonrió y cerró los ojos.

El conde de Cowthland había muerto.

Capítulo 1

Un año después...

MANTÉN a tus hermanas unidas, esas habían sido las últimas palabras de su padre. Buen trabajo había hecho, esa mañana Lizzy y Emily se habían peleado y no se dirigían la palabra. Y ella se sentiría un poco mejor si supiera donde diantres se había metido Emma. Pero no se extrañaría si su hermana menor estuviera oculta en algún rincón de Green Hills; siempre se escondía cuando una situación la asustaba. Y no era para menos, ¡hasta ella misma sentía miedo! La llegada de su primo Wilfred, el nuevo conde de Cowthland, cambiaría todo lo que ellas hasta ese momento conocían. Dependían de la bondad de él para seguir viviendo en Green Hills. Sus vidas hubieran cambiado mucho antes si Wilfred no hubiera estado en las indias occidentales cuando su padre falleció, la noticia le había llegado varios meses de retraso.

Habían podido disfrutar de Green Hills durante un año, sin embargo, su situación económica ya no era la misma. Su padre, quien no pensaba morir tan pronto, no había cambiado el testamento en mucho tiempo y les había dejado una pequeña mensualidad. Sin mencionar que él había escondido sus dotes en la búsqueda del tesoro y todavía seguían sin poder hallarla. Menuda suerte ellas habían tenido. La vez que su padre había ocultado el tesoro en otro sitio, él había muerto antes de hallarlo.

Bajó las escalinatas de piedra de la entrada cuando se oyó el traqueteo de un carruaje. Esperaban la llegada de lady Flisher, la madre del nuevo conde de Cowthland, que hacía solo unos días había regresado de las indias occidentales; según Lizzy, el conde había enviado primero a su madre para tantear el terreno. Su primo había huido de Inglaterra cuando el vizconde de Norgate había puesto un precio a su cabeza por haberse acostado con su esposa. La fama de lord Norgate era de temer y Wilfred lo sabía. Él había preferido viajar a las indias occidentales antes que caer en las manos del vizconde. Pero su nuevo título y las propiedades que había heredado lo cambiaba todo, y él estaría nuevamente en Inglaterra en unos días.

Se llevó las manos a la espalda y miró de reojo al ama de llaves. Mery primero había sido la doncella de su madre y cuando ella falleció durante el parto de las mellizas, su padre la había ascendido a ama de llaves de Green Hills.

—¿Crees que le agradaremos a lady Flisher? —preguntó en un tono asustado.

Mery le palmeó el brazo con ternura y sonrió.

—¿Por qué no lo harían? Si ustedes son las muchachas más encantadoras que conozco.

—Porque ahora somos sus familiares pobres y no tiene ninguna obligación de ayudarnos.

—Lord Cowthland ayudó mucho a lady Flisher cuando ella era el familiar pobre.

Pero su padre tenía un corazón enorme. Respiró hondo. Había tratado pocas veces con lady Flisher y una de ellas había sido en su primera temporada en Londres, cuando su padre también se había hecho cargo de los gastos de la presentación en sociedad de su prima Feliciy. Su tía tenía un temperamento nervioso, pero estaba segura que era de un alma bondadosa. Su hermana Lizzy se equivocaba al decir que lady Flisher era una mujer desagradable.

La garganta se le secó cuando el coche de su tía empezó a acercarse. Mery le gritó a los más de sesenta sirvientes

que hicieran fila para darle la bienvenida a la nueva dueña de Green Hills. Echó una ojeada a su alrededor para ver si algunas de sus hermanas aparecían, pero las muy cobardes brillaban por su ausencia. Ella sola tendría que ocuparse de recibir a su tía.

El coche se estacionó en la entrada y un lacayo se acercó para abrir la portezuela del carruaje. De repente, tres pequeños perros rabiosos salieron del vehículo ladrando a cualquiera que se les acercaran. El lacayo sacudió una piana para quitarse a las pequeñas bestias del pantalón, mientras que con un brazo sostenía la mano de su tía. Lady Flisher era una mujer robusta, de cabello abultado y dueña de una dentadura enorme.

—Mis pobres angelitos —murmuró su tía, observando con cariño a sus criaturas peludas, luego alzó la vista hacia el lacayo y agregó—: El viaje los ha agotado, prepárenles algo de comer y asegúrense que tomen su siesta. A ellos les gustan que les acaricien la pancita antes de dormir.

El lacayo miró a los cachorros y se estremeció cuando los tres les enseñaron los colmillos. Ella dio un paso hacia delante y sonrió.

—Lady Flisher —saludó, haciendo una pequeña reverencia—. Espero que haya tenido un buen viaje.

Su tía dirigió la vista hacia ella y enarcó una ceja.

—¿Eleonor? —dijo—. Tienes un aspecto saludable, querida. El luto parece no haber opacado tu belleza.

—Es muy amable, tía.

—Pero, claro, no eres tan guapa como mi Felicity.

Su prima Felicity tenía su misma edad y era una joven bonita, y había sido una buena amiga cuando las dos debutaron juntas en sociedad; lamentó que ella aún no se hubiera casado.

—Así es tía, mi prima es una muchacha encantadora —afirmó—. Y estoy segura que pronto se casará y su esposo será un hombre afortunado.

Lady Flisher le rodeó el codo con un brazo y empezaron a subir las escalinatas de la entrada.

—¿Sabes? Ella está muy emocionada porque cree que esta temporada hallará un buen marido ahora que su hermano es el nuevo conde de Cowthland —expresó—. Si vieras los preciosos vestidos que le ha hecho la modista.

Ella sonrió como respuesta. Felicity se había quedado en Bedfordshire, viviendo con su abuela paterna, cuando su madre y su hermano Wilfred se vieron obligados a irse de Inglaterra.

—¿Conoce al ama de llaves de Green Hills, lady Flisher? Su tía escrutó a Mery con la mirada.

—Claro, querida —asintió, sujetando con fuerza las correas de sus cachorros cuando estos quisieron ir tras las aves que se habían asentado en la baranda.

Mery hizo una reverencia.

—Es un placer tenerla nuevamente en Green Hills, miladi —repuso—. Deje que le presente al resto del servicio —agregó, señalando a los empleados.

Lady Flisher agitó una mano en el aire.

—Ahora estoy cansada para este tipo de presentaciones —masculló—. Necesito que tengan preparadas las habitaciones de huéspedes porque mis invitados no tardaran en llegar —les ordenó.

Mery abrió grande los ojos.

—¿Invitados? —repitió.

—Sí, eso fue lo que dije —expresó—. Y quiero que usen sus mejores uniformes. Mis amigos, que son personas bien posicionadas, deben llevarse una buena impresión de Green Hills.

—Como usted ordene, lady Flisher —contestó el ama de llaves—. Pondré inmediatamente a las criadas para que arreglen las habitaciones y las tengan listas cuando sus huéspedes lleguen. ¿Puedo saber cuántas personas espera, miladi?

—El vizconde Garrowly y su esposa, el barón Dutton, el señor Pertterssen... —los mencionó, enumerándolos con los dedos de la mano—. Serán unos siete u ocho invitados.

Mery no lucía muy feliz de tener que recibir invitados a último momento. No solo debían alistarse las habitaciones, sino que además debían pensar en lo que servirían para la cena. Descontando que la despensa estaba prácticamente vacía, los alimentos que les quedaban estaban racionados para que les alcanzaran para un mes. Rogaba que los invitados de su tía no se hospedaran por mucho tiempo. Aunque ese problema ya no era de ella ni de sus hermanas, sino del nuevo conde de Cowthland. El mayordomo sostuvo la puerta de la entrada para que la madre del conde ingresara a su nuevo hogar.

Frunció el ceño al encontrar a Emma bajando las escaleras del vestíbulo corriendo. La melliza se frenó de golpe cuando observó a su tía y no le quedó más remedio que acercarse a saludar. Su hermana hizo una torpe reverencia y sonrió. Y ella quiso estrangularla al notar que llevaba puesta las botas de su padre para no gastar sus zapatos. Era el modo que había encontrado Emma para ahorrar y no privarse de seguir comprando sus libros.

—Lady Flisher...

—¿Recuerda a Emma, verdad, tía?

—Oh, claro, ella es...

—Una de las mellizas —terminó ella.

—Has crecido de golpe, querida —comentó—. Hasta tienes un gran parecido con Eleonor.

Emma y ella tenían el cabello rubio claro y los ojos azules, como la mayoría de los Cowthland, y eran de un temperamento tranquilo en comparación con sus otras hermanas. Su padre siempre decía que ella debió ser la melliza de Emma en lugar de Emily. El pelo de Emily era rojizo y sus ojos eran de un singular azul, tirando a turquesa por momentos. En cambio, Lizzy se parecía más a su madre, de cabello oscuro y de grandes ojos marrones.

—Suelen repetir eso a menudo —respondió Emma.

—Peor sería que te compararan con Lizzy —se mofó su tía.

Ni a ella ni a Emma le hizo gracia su broma. Elizabeth no solo era guapa, sino que además era muy inteligente, gracias a ella habían podido salir adelante durante todo ese año. Y desde antes que su padre falleciera, Lizzy se había encargado de administrar la finca ya que el conde había perdido la cabeza con sus inventos. A veces envidiaba la astucia de su hermana mayor. Todos creían que Elizabeth valía menos porque no había sacado ningún rasgo de los Cowthland. Y si existía algo que le molestara, era que las compararan todo el tiempo. Pero sería muy imprudente de su parte poner en su lugar a la recién llegada dueña de Green Hills.

—¿Tendremos el gusto de ver pronto al nuevo conde? —quiso saber Emma.

El humor de su tía cambió de repente.

—El barco de Wilfred llegará en unos días —respondió malhumorada. Echó una ojeada a su alrededor y agregó—: ¿Es que nadie aquí piensa ocuparse de mis cachorritos?

Lady Flisher le entregó a Emma la correa de sus perros.

—Necesitan que les den un paseo.

Los cachorros le enseñaron a Emma toda la dentadura.

—Pero... —protestó la melliza.

—¿Acaso tienes algo mejor que hacer, muchacha?

Emma bajó la vista.

—No.

—Bien... porque Pym, Pon, Poum deben comer en una hora —le indicó—. Ya le avisé a uno de los criados para que tengan lista su comida.

¿Pym, Pon, Poum? Eran unos nombres espantosos para unas criaturas poco amigables. Miró a Emma para asegurarse si ella podría con los cachorros, su hermana asintió con la cabeza y luego se alejó de ellas para llevar a los tres perros al jardín.

—¿Necesita alguna otra cosa, lady Flisher? —le preguntó.

—Que me lleven a mi habitación —contestó—. Necesito descansar un poco antes que lleguen mis invitados.

Le hizo seña a una doncella para que acompañara a su tía a la recámara principal.

—¡Tengan cuidado con mi equipaje! —chilló su tía, cuando dos lacayos se tropezaron en la escalera—. ¡Par de inútiles! Tendré que despedirlos si...

—Seguramente que también querrá darse un baño, ¿desea que pida que le preparen la tina? —la interrumpió para tranquilizar a los dos criados que se asustaron cuando oyeron la palabra *despido*.

Ellas ya habían tenido que despedir a varios empleados durante el último año, porque el dinero que tenían no les llegaba a alcanzar para pagar todos los sueldos. Pero sería imposible mantener a Green Hills en buenas condiciones si seguían perdiendo criados.

—Ahora solo deseo tomar una siesta —repuso—. Y no quiero que nadie me moleste mientras duermo.

—Entendido...

Se quedó observando a su tía hasta que desapareció de su vista. Por lo menos lady Flisher no les había pedido que se marcharan de Green Hills cuando llegó, eso era algo bueno ¿verdad que sí?

Capítulo 2

H ABÍA sido una pésima idea que Emma cuidara de las bestias de lady Flisher. ¡Los perros habían mordido a su querida hermana! Debió haber previsto que algo así podía suceder después de haber visto los rabiosos que eran esos cachorros.

—No ha sido tan grave —murmuró la melliza, mientras se recostaba sobre el sofá del salón amarillo.

—¿Qué no ha sido tan grave? —replicó Emily—. ¡Si no te hubiéramos encontrado, esas bestias te hubieran devorado! —chilló.

Y ella creyó que su hermana no exageraba. Emily había traído a Emma a la casa con la ayuda de uno de los invitados de lady Flisher, el vizconde Ashfiert. Él había sido la primera visita en llegar. Parecía un caballero agradable y a simple vista, no lucía como si fuese uno de los amigos de su tía.

—Le estaré siempre agradecida lord Ashfiert por haber salvado a mi hermana —le dijo—. Pero ahora nosotras podemos encargarnos de ella.

Él en vez de apartarse de Emma, se sentó en la otomana y sujetó una pierna de la melliza, luego le fue quitando despacio la bota.

—Primero quiero asegurarme que tan grave son sus heridas —repuso el lord.

Emma soltó un gemido cuando él le sacó la media.

—Duele un poco —se quejó ella.

El vizconde observó su pierna y sonrió.